

delante de los ojos la verdadera historia. No hay, pues, que pensar más en las anécdotas escandalosas á que, según los enemigos mansos de D. Felipe, dió este Rey lugar en la Corte. Las virtudes que practicó durante su vida total, como deponen los testigos juramentados en forma, no se compadecen poco ni mucho con la conducta de escándalo, que por espíritu de error, ó equivocadamente se le atribuye ¹.

Y con efecto, los historiadores de aquellos tiempos elogían por sendas muy derechas la piedad y demás virtudes del Católico Monarca sin precisar épocas particulares de su vida; porque toda ella fué ejercicio continuo de religiosidad y celo, en verdad extraordinario, para que la gloria de Dios y la fé católica se extendiesen y dilatasen por todo el orbe de la tierra. Y así la influencia de su rara fé y virtudes extraordinarias se sintió y brilló muy vivamente en todas las partes y regiones del universo mundo, haciendo esfuerzos de gigante por la conversión de los herejes, y para que los gentiles de los países más apartados y remotos viniesen al aprisco de la Iglesia católica. Para lo cual no perdonó gastos ni dineros por excesivos que pareciesen, hasta empeñar con suma largueza su mismo patrimonio particular. Y en habiéndolo agotado, no se avergonzó por lograr tan santo objeto, de llamar á la puerta de sus vasallos pidiendo lo necesario que empleó en defensa de la verdad católica y ensanchamiento hasta los últimos confines del reino de Jesucristo ².

¹ «Y aunque estas grandes virtudes descubrió *por todo el discurso de su vida*, no se declaran aquí, por no ser este su lugar, sino solamente las que se entendieron en esta enfermedad de que murió, que fueron con el mayor extremo que se puede pensar: y *por toda su vida* las fué perfeccionando con gran cuidado y diligencia, encaminándolo todo para su fin y muerte, como quien bien sabía quan necesaria es para tener buena muerte el discurso de la buena vida pasada.» *Testimonio autént.* Discurso 1.º: pág. 1.

² «Fué tanta su religión y fé que al hereje en Inglaterra, en Flandes, en Francia; al idólatra y gentil en las Indias; al bárbaro infiel en Turquía; en todo el mundo á los enemigos de la Santa Fé católica, hizo guerra perpetua, peleando en los pechos cristianos con el esfuerzo que les daba y con la ayuda y excesivos gastos con que favorecía á los católicos, gastando en esto su patrimonio con tanta largueza, que le fué ne-

II.

CONTINUACIÓN.

Para mayor claridad del punto que voy tratando, y para pleno convencimiento propio del lector, quede en este lugar estampada una de las muchas cartas del Rey Prudente, que se custodian, hasta hoy inéditas, en el Archivo del Cabildo Primado de Toledo, y al cual fueron dirigidas. Desde luego se ostenta en ellas muy de relieve el ánimo cristiano, pío y religiosísimo de D. Felipe II, y mucho mejor que en los textos de los cronistas de aquella centuria, encomiadores de las prendas personales del gran Rey. Dice así: «El Rey. Venerables Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Toledo, por Hebrero pasado os escribí encomendádes á Dios el estado de las cossas de la christiandad, como e entendido lo habeys hecho, porque os doy muchas gracias, y porque para la buena direccion de qualquier negocio es necessario imbocar con mucha humildad por el auxilio y favor de nuestro Señor sin el qual nada puede llegar á tener buen fin, tanto mayor necesidad ay de hacer esta diligencia en los que propriamente son de su servicio y del mio y bien general de los reynos y estados que por su misericordia me ha encomendado, á que tanta obligacion tengo, pues exceden á los demas en gravedad y importancia, y siendo tales los que al presente traemos en las manos, y ahora el tiempo y ocasion en que con mayor cuydado y devocion conviene acudir á Dios y andar la armada navegando, me ha parecido bolver á scribiros esta y encargaros mucho proveays y deys orden que se renueven en esa Santa Iglesia las plegarias, oraciones, devociones y sacrificios, suplicando á nuestro Señor con mucho hervor y

cesario, como á otro Josias, pedir donativo á sus vasallos y andar perpetuamente empeñado con ser el más poderoso de todos los reyes del orbe.» *Dichos y Hechos del Señor Rey D. Felipe II el Prudente*,... por el Lic. Baltasar Porreño. Cap. VI. pág. 75 y 76. — Valladolid: 1803.

cuidado que por su gran clemencia sea con nosotros y se sirva ayudar su causa y las fuerzas que se han juntado y van á pelear por ella, y no permita que nuestros pecados se castiguen en ella dexándose de conseguir lo que para mas gloria y servicio suyo se pretende, sino que desbiando los ojos de nuestras culpas los ponga en el fin que se lleva de su sancto servicio, y estienda su brazo y mano poderosa, y muestre que no ay otro señor ni necesidad de otro que pelee por nosotros, y confunda los enemigos de su iglesia, que si bien será hacer en esto lo que debeis á vuestra obligacion por respecto en el bien público y el servicio que por la vondad divina spero podrá resultar de esto, recibiré en ello de vos agradable servicio y en que me aviseys como lo habreys puesto en execution, que por la gravedad de ello, y que se multipliquen las oraciones sin cessar, hasta otro aviso scribo lo mismo á los prelados y órdenes del reyno para que cada uno haga lo propio en lo que le toca. De S. Lorenzo el Real—á 13 de Julio de 1588—Yo el Rey—Por mandado del Rey nuestro Señor—Francisco Gonzalez de Heredia»¹.

Hasta aquí el Rey Prudente, el cual, con efecto, no parece hablando persona secular, sino algún devoto prelado de la Iglesia ó religioso santo de cualquier cenobio de la Trapa. Obsérvese mucho cómo tan gran monarca, á quien sus enemigos apellidan rey tirano y absoluto en ruin sentido, confiesa que gobierna sus estados porque la divina misericordia se los tiene encomendados con grande obligacion para su conciencia. Nótese además cómo reconoce el derecho divino y cómo aparece su piedad tan sólida y acendrada que, confiando más en la eficacia de las plegarias á Dios que en la fuerza de las armas, ponía todas sus empresas en manos del Señor y convertía el reino entero en una gran casa de oracion. Y entiéndase de paso por el precedente documento que la iglesia ó cabildo de Toledo no

¹ La armada á que se refiere aquí el Rey, como luego se verá, es la llamada por la historia con el nombre de la *Invencible*. Intentaba con ella D. Felipe castigar los excesos y la osadía de Isabel de Inglaterra que acababa de quitar inicua y cruelmente la vida á la piadosa y santa Reina de Escocia María Stuard, y vengar los ataques, destrozos y retos incomprendibles de Drake en las costas y los puertos de España.

rechazaba poco ni mucho, pretextando regalismo, los intentos y piadosos mandatos de su monarca, sino que una y cien veces los obedecían gustosamente por agradar á Dios y dar cumplimiento á la real voluntad. Y esto mismo que sucedía en la iglesia de España se realizaba igualmente en Roma, donde los Papas solían llevar á término puntual las insinuaciones de aquel monarca á quien San Pio V apellidaba solemnemente *brazo derecho de la cristiandad*. Porque acaeci6 en el año de 1560, hecha la paz con Francia, que D. Felipe II mandó suplicar al papa Pio IV dirigiese sus breves á los reyes de los estados cristianos con el intento de que ellos en persona ó por sus embajadores, acudiesen á la Ciudad Santa, donde pretendía S. M. que fuese reanudado y concluido el Concilio Tridentino, interrumpido por la recia incuria de los tiempos, y enviados los prelados de sus reinos á tan celeberrima Asamblea. Apenas vió el Sumo Pontífice la petición del Rey de España, la tuvo por justa y de suma conveniencia, y sin más dilacion despachó breves á todos los príncipes cristianos llamándolos, y también á los prelados de todo el mundo para la Ciudad de Trento, citando además á todos los disidentes para ser oidos conforme á razón y prudencia¹.

¹ «Verificada por el rey la paz universal con Francia embió á suplicar al Papa Pio IV que mandase dar sus breves para todos los príncipes cristianos para que acudiesen al Concilio ellos, ó sus embajadores, para que embiasen los prelados de sus reinos á residir en él, para que se acabase de concluir y todos supiesen lo que se avia de tener y guardar porque convenia esto mucho á la Santa Madre Iglesia y al bien universal de toda la christiandad. Visto el Papa Pio IV la peticion del rey don Philippe ser tan justa y santa y que combenia tanto á la religion cristiana dió luego sus breves para toda la cristiandad y señaló el lugar que fué á la Ciudad de Trento..... y assi este año de 1560 se despacharon todos los breves á toda la cristiandad y á todos los luteranos de Alemania é Ingalaterra y á otras partes para que con toda seguridad viniesen al Santo Concilio y allí los oirian y se les guardaria su justicia y decoro en todo lo necesario, y no viniendo se procederia contra ellos como á jentes inobedientes á la Santa Madre Iglesia. Y assi se fueron juntando el año adelante y se residió hasta que nuestro Señor fué servido que se concluy6.» *Relacion de casos notables que han sucedido en diversas partes de la Xristiandad, expecialmente en España*, por Mathias Escudero. Conserva este curiosísimo manuscrito del siglo XVI, la Biblioteca Ar-

La misma idea referen los cronistas de aquellos tiempos, y entre otros el P. Fr. José de Santa Teresa en su Historia titulada *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, donde encomia justamente el celo de Felipe II por la fe, la religión, el culto divino, la veneración de los Santos y el respeto á los sacerdotes, y añade que de todo ello dió pruebas y ejemplos incomparables ¹. Y continúa este cronista diciendo cómo interrumpido el Concilio Tridentino por obstáculos y rebeldía de herejes y franceses, amén de otras razones de estado, el celo del Rey Prudente venció todas las dificultades hasta las más inaccesibles, porque en su constancia por el bien de la fe católica y defensa de la Iglesia se estrellaban los torcidos intentos de la herejía y la tibieza de los príncipes. Y así, teniendo los Pontífices á D. Felipe por columna del catolicismo, asintieron á cuanto les suplicaba para que se prosiguiese y terminase el Concilio de Trento. Y termina diciendo el sobredicho historiador de la reforma carmelitana, que tan célebre Concilio se podría con razón, aunque celebrado en Trento, considerar como español y florón de la corona del católico Monarca ².

zobispal (hoy provincial por incautación) de Toledo. Su autor, hombre formal y verídico, fué hermano del guardián de S. Francisco de Mondéjar, llamado Francisco Escudero. De esta familia Escudero se dirá más adelante.

¹ «El zelo de la fé crió en aquel real pecho el de la religion, del culto divino, de la veneracion de los Santos y de los ministros de Dios; y de todo dió tales exemplos que ninguno mas.» *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*. Tomo 3.º, libro 10, cap. 8.º, pág. 192. Madrid: por Julian de Paredes 1683.

² «Juzgó, como verdadero hijo de la Iglesia, pertenecer al bien de la religion christiana fomentar la prosecucion del Concilio Tridentino, á quien su religiosísimo padre, con repetidas instancias á los Pontífices dió principio. Aviase interrumpido dos veces, por amenazas de los herejes de Alemania, por la rebeldia de los franceses y por razones de estado de algunos Pontífices..... Pero el zelo de Filipo venció estas inaccesibles dificultades, porque no hallando entrada en su constancia ni los hereges, ni los Príncipes tibios; y juzgando los Pontífices que Filipo era la coluna de la Iglesia, y que sin él se dificultava su seguridad, vinieron en todo lo que él pedia para la conclusion dese gran Concilio..... y así este Concilio, aunque se celebró en Trento, es español y corona del gran Filipo.» *Reforma de los Descalzos*, vol. 3.º, libro 10, cap. 8.º, pág. 193.

Resulta, pues, y así se irá mostrando más adelante, que el Prudente Monarca tenía muy ardiendo el pecho en celo por el bien universal de la Iglesia y el esplendor de nuestra religión. Por lo cual, en tratándose del interés general de la fe católica, ponía al momento en juego la fuerza material y espiritual de su poder y sus estados. Con efecto; habida noticia por su embajador en Roma de la muerte del Sumo Pontífice Gregorio XIII, se dirigió al instante, como solía, á los obispos, cabildos y monasterios de España, pidiendo súplicas y preces por que el Altísimo, en su misericordia, concediese á la Iglesia un digno sucesor. Hé aquí en qué términos escribía al Cabildo Primado en 1585 desde las montañas de Montserrat: «El Rey. Venerables Deán y Cabildo de la Sta. Iglesia de Toledo, habiendo tenido aviso del Conde de Olivares, mi embaxador en Roma, de haver sido nuestro Señor servido de llevarse á nuestro muy Santo Padre el Papa Gregorio 13 de buena memoria, desseando yo mucho la buena elección del successor en su lugar y silla apostólica por lo que ésta importa para buen gobierno de la Sta. Iglesia universal, y siendo como es muy propio de nuestra obligación dessear lo mismo y supplicar á Su divina Magestad que aquella se haga como para ésto es menester, os lo he querido avisar y encargaros mucho, como lo hago, que en essa Santa Iglesia se hagan luego muchas plegarias y oraciones pidiéndolo y suplicándolo assí á nuestro Señor y que esto no cesse hasta que se sepa que la elección se aya hecho con que podremos sperar que todo sucederá próspera y felizmente. Del Monasterio de Montserrat, 30 de Avril de 1585 años.—Yo el Rey.—Por mandado de Su Mag.—Mateo Vazquez» ¹.

¹ Archivo del Cabildo de Toledo. Véase el libro de Actas capitulares perteneciente al año de 1585. La piedad en muy alto grado de Don Felipe era ya alabada por sus contemporáneos cuando contaba pocos años: Mgr. Nameche en su reciente obra «Le Regne di Philippe II et la lutte religieuse dans le Pays-Bas au XVI siecle» dice así: «Philippe, pendant toute la durée de son séjour en Anglatere, se montra observateur scrupuleux de ses pratiques religieuses.» Nameche, obra citada, tom. I, pág. 51: Louvain, 1885. Y Micheli en sus *Relatione* compara la piedad del Rey Prudente áun en su juventud á la de un anacoreta: hé aquí sus palabras: «Nella religione, per quel che dall esterior si

¿Quién, sinó muy pocos, en vista de cuanto se va alegando, dejará de comprender y admirar la piedad y el celo religioso del gran Monarca por la causa de la verdad y de la Iglesia?

III.

EL MISMO PUNTO.

A nadie cause maravilla, ni tampoco alguno livianamente vea en ello regalismo, que el Rey Prudente acudiese en las circunstancias difíciles de su gobierno, á los ministros de la Iglesia pidiendo plegarias y oración para obtener los fines altísimos y provechosos á la fe católica que comumente intentaba en sus empresas, ahora diplomáticas, ahora guerreras. Porque ni los Papas, ni los prelados de su tiempo veían en tales encargos y mandatos, sino la rectitud, el celo y la piedad extraordinaria del español Monarca. Y si hemos de creer á las indicaciones asaz claras de los historiadores de aquella centuria, tenía D. Felipe no solamente licencia tácita, sinó expresa de los Romanos Pontífices para poner en oración á las comunidades religiosas, á los cabildos y clero secular de sus reinos, á lo menos en momentos de apuro y dificultad. Así se comprende cómo algunos de los susodichos historiadores nos ofrezcan al Papa y al Rey Don Felipe unidos y de acuerdo común mandando plegarias y rogativas á todas las iglesias de la cristiandad. Acaeció ésto singularmente en el año de 1574 por hallarse entonces muy amenazada la Iglesia de Dios por la herética pravedad y la bárbara pujanza de los turcos ¹. Además, se sabe con toda certeza que

vede, non si potrie giudicar meglio, et piu assiduo, et attentissimo alle misse, ai i vesperi et alle prediche come un religioso, molto piu che á lo stato ed eta sua, a molti pari che si convenga.» *Relat. di Giov. Micheli.*

¹ «Visto el Papa Gregorio XIII y el Rey D. Felipe de España como en este tiempo y coyuntura estava la christiandad y la iglesia de Dios tan apretada y perseguida por turcos y herejes, estos dos príncipes como dos lumbreras de la christiandad y como defensa y amparo della les

gozaba el piadosísimo Rey de facultades pontificias extraordinarias nada menos que para reformar y traer á mayor perfección las Ordenes y Comunidades religiosas. El Papa San Pío V, de santa y feliz recordación, le nombró al efecto por su Vicario, Conservador y Protector de los institutos monásticos; y desempeñó el Rey este oficio con tanto acierto y prudencia, que tuvieron buen remedio muchos abusos y la relajación que con harta facilidad se puede introducir en todo lo humano, áun cuando se halle al amparo de la soledad y regla santa de los monasterios. Y si tuvo para cosa y oficio tan alto y delicado potestativa licencia de los Vicarios de Cristo, ¿qué extraño es que la tuviera, como insinúa Escudero, para ordenar oraciones y plegarias en las iglesias de sus estados? Por cierto que no es todo ésto el argumento que menos pone de manifiesto la rara piedad y santidad de Felipe II ¹.

parecía que convenía arrimarse al auxilio divino y socorro de Dios, y assí ordenaron que en todos estos rei nos se hiciese por su orden oración general...» *Relación de casos notables que han sucedido en diversas partes de la christiandad especialmente en España...* por Mathias Escudero —Manuscrito del siglo XVI de la biblioteca arzobispal de Toledo, fól. 490.

¹ «Reduxo las Religiones á más perfeccion y clausura, y para ello suplicó primero al Sumo Pontífice Pío V que deseava lo mismo, y nombróle por su Vicario, Conservador y Protector. Su Majestad eligió reformadores que con prudencia y santidad remediaron muchos abusos y relaxaciones. Jamás les propuso Prelados para sus elecciones, sino informado escribia: he sabido quereis elegir á fulano por general, no lo hagais porque no hos conviene.» *D. Felipe el Prudente segundo deste nombre Rey de las Españas y Nuevo Mundo*, por D. Lorenzo Vander Hammen y León, natural de Madrid y Vicario de Jubiles, folio 127 vuelto: Madrid, 1632. Es ya casi proverbial el conocimiento muy especial que tenía D. Felipe de las personas religiosas y seculares, más ó menos principales del reino, como en el discurso de este libro se irá notando. Por lo cual y con efecto; más de una vez respondía á los capítulos de las comunidades lo que Vander Hammen indica en el folio dicho de su citado libro. Y en orden á lo mismo dice el P. Fr. Fernando Camargo y Salgado en su *Epítome Historial* al año 1568: «Fué felicisssimo para nuestra España este año, porque la Magestad del católico y christianíssimo Rey D. Felipe II con su zelo acostumbrado en las cosas tocantes á la reformation de las religiones, dió orden como los monasterios de las Ordenes mendicantes en la provincia de Aragon

Con toda verdad enseñan los autores ascéticos y moralistas que la paciencia cristiana es una de las virtudes que manifiesta mejor en quién la tiene la existencia de todas las demás; á la manera que la ira es hija y como resultado necesario de todos los vicios. Y siendo esto así, no hay duda sinó que el Rey Prudente se mostró durante su larga vida colmado y en gran manera adornado de todas ellas. Y fué ésta, la paciencia, la que entre todas resplandeció más en el alma piadosísima de D. Felipe, como se irá notando. De la cual dió pruebas clarísimas en su larga carrera por este mundo, singularmente en las épocas de mayor contrariedad, en las pérdidas y aflicciones de familia, en los reveses de la fortuna y, sobre todo, en aquella su postrera enfermedad, cuando con asombro de cuantos le rodeaban, fué considerado como émulo admirable del santo patriarca Job. Así, con efecto, lo declararon con juramento los testigos arriba citados ante el Juez Cervera de la Torre nombrado de oficio por la autoridad eclesiástica de Toledo. Los cuales afirmaron que el Rey Prudente manifestó siempre y por manera alta y extremada la virtud que con razón se pondera en el Patriarca de Idumea ¹. Y en conformidad con todo ésto refieren por manera muy cierta quienes lo vieron, que el pacientísimo Rey no cesaba de repetir, casi hasta lo infinito, en medio de su postrera enfermedad, aunque abrumado de penas y congojas, aquellas palabras del Salvador del mundo, conviene á saber: «Pater, non mea, sed tua fiat voluntas.» Y es mucho para ponderar que no tanto miraba á los grandes dolores que padecía, cuanto

fuesen bueltos á la primera observancia, y así el Sumo Pontífice expidió sus Breves á petición del Rey para que ésto se pusiese en execucion.» *Epít. Histor.* fol. 309 vuelto: Madrid, 1642. Algunos enemigos mansos de D. Felipe llaman livianamente á este su celo religioso aprobado y aplaudido de los Papas, *regalismo*, y á quienes lo declaramos, *regalistas*.

¹ «Discurriendo pues por ellas digo que una de las virtudes que manifestó con más extremo y demostración y *aun casi toda su vida*, fué la fortaleza y paciencia, y hago principio della, porque á juyzio de todos, fué de las mayores que se saben.» *Testimonio auténtico y verdadero*, antes citado, por el Licenciado Cervera de la Torre; pág. 2: Valencia, 1599.

á las molestias y al trabajo que se tomaban los criados y grandes señores que le asistían. A quienes solía mandar con instancia que se fuesen á dormir y tener algún descanso. Y añaden los declarantes susodichos que jamás les ordenaba, ni pedía cosa alguna, sinó con rara modestia y por favor, como si no fuera Rey y Señor de todos ellos ¹.

Pero hay más, esto es; que así gravemente enfermo D. Felipe, no dejaba de recibir y responder á cuantos le traían consuelo, y áun á quienes estaban encomendados los altos negocios del Estado. Y esto sin disminuir un punto la suavidad y mesura de sus respuestas; sin mostrar jamás desabrimiento, ni señales de enfermo. Por más que hoy día ya sabemos ser punto muy esclarecido, históricamente hablando, que nunca solía mostrar á nadie semblante airado, ni reñir siquiera al más ínfimo de sus criados, aun cuando, según enseñan los cronistas de aquel tiempo, tuviese motivos graves para proceder de otra manera. Porque andaban muy hermanadas en su ánimo verdaderamente régio virtudes tan envidiables como la paciencia y la mansedumbre. Dan buen testimonio de ello el licenciado Porreño, las cartas del Monarca á sus hijas Doña Isabel Clara Eugenia y Doña Catalina, publicadas años atrás en París por Mr. Gachard, y sobre todo el testimonio auténtico de Cervera que se va estudiando ². Y no hay duda sino que tan rara y singular

¹ «Para lo qual dixo infinitas veces las palabras de N. Señor en el huerto: «Pater, non mea, sed tua voluntas fiat.» Antes con grandísima benignidad consolava á todos, compadeciéndose de lo que por él trabajavan, mandando á unos que se fuesen á dormir, y otros á descansar. Y cerca de ésto declara el dicho D. Antonio de Toledo que jamás le mandó cosa á él, ni á los demás de su cámara en esta ocasión, que no fuese con grandísima modestia, rogádoles y diziéndoles, por vida vuestra que hagays tal cosa, como si no fuera su rey y señor.» *Testimonio auténtico y verdadero*, de Cervera de la Torre, pág. 27.

² «Y assi dize que era el semblante de su rostro y sus palabras sin cansarse de responder á los que le hablaban, ansi religiosos, como seglares, que eran muchos: ni mostrar conjoxa ni desabrimiento de enfermo, ni desembarazo para todo lo que hubo de hazer y ordenar en aquellos dias, en los quales, *ni en todos los de su vida nunca jamás* riñó, ni mostró enojo con ninguna persona ni se le oyó palabra de murmuración, segun testifica el dicho Juan Ruyz, especialmente en veynte y

paciencia era efecto de aquella piedad y sólidas virtudes que fué adquiriendo nuestro Monarca de la misericordia divina, cuya amistad y gracia procuraba por todos los caminos, hallándose comunmente su alma en muy completa conformidad con las disposiciones y voluntad soberana del Rey de los Reyes. De suerte, que no ya en salud perfecta, sino cuando más atormentado y trabajado se veía con los dolores vivísimos de su enfermedad, nada le consolaba y satisfacía tanto, como tratar de cosas espirituales y de los ejemplos que Jesucristo dió á los hombres en su pasión y muerte de Cruz conforme las refieren los libros divinos de la Nueva Alianza ¹.

Como se mostró muy de ordinario tan despegado de las vanidades del mundo, no se cansaba jamás de oír leer y declarar las verdades eternas. El cual deseo crecía en su alma cuanto más arreciaban los padecimientos y se aproximaba el fin de su vida; de forma que, como depusieron los testigos antes citados y con ellos el severo P. Sigüenza allí presente, antes se rendían los monjes y otras personas devotas que espiritualmente le asistían y predicaban, que el augusto enfermo ². Complaciale

quatro años que declara averle servido en su Camara, y en su presencia: y lo mismo dize aver oydo de tiempo de atras.» *Testimonio Auténtico...* por Cervera; pág. 29. Véanse los *Dichos y Hechos de Felipe II*, por el Licenciado Porreño, cap. XI, pág. 152 y siguiente: Valladolid, 1863. Así mismo muchas de las cartas citadas que muestran su blando proceder hasta con los criados más inferiores de su Real Casa, singularmente con la famosa *Madalena*, sirvienta muy antigua de la cual se dejaba reprender.

¹ «Declaran los testigos de esta relacion, que fue nuestro Señor servido de disponer á S. Mag. por sus grandes virtudes en conformidad de su divina voluntad; de modo que para consuelo de sus trabajos, se entretenia con grande afecto, y se consolava mucho en oír leer y tratar de Dios, y de la confianza que se deve tener en la divina misericordia y de los exemplos que della nos dio Christo con su Evangelio.» *Testimonio Auténtico*, de Cervera de la Torre, pág. 46.

² «Y quanto mas se acercava á la muerte, tanto mas crecía el desseo de oír estas cosas, sin cansarse denoche, ni dedía, y las dos postreras noches mucho mas: de manera que rogandole que reposase los que allí estaban, él nunca se cansó de oír cosas espirituales.» Cervera de la Torre en su *Testimonio Auténtico*; pág. 47. *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por el P. Sigüenza, libro III, pág. 68o.

por modo extraordinario oír y meditar la parábola del Hijo Pródigo y la conversión de la Magdalena, mostrando mucho en ello la humildad profunda de que en mil ocasiones había dado raros ejemplos, y el concepto bajo que tenía de sí mismo, creyéndose y confesándose más grande pecador que los citados personajes del Santo Evangelio ¹. Ostentó asimismo el Prudente Monarca su grande piedad en la devoción tierna y particularísima que tuvo á la Santa Cruz. Cerca de lo cual llegaron á manifestar los testigos de la susodicha información eclesiástica, que en viendo D. Felipe la Cruz de Cristo y singularmente cualquier reliquia ó trozo del Lignum Crucis hacía demostraciones en verdad comparables á las que se cuentan del Apóstol San Andrés y de la Emperatriz Santa Elena. Así se explica que su devoción reuniese en las habitaciones donde dormía y solía estar, gran número de santas imágenes, particularmente crucifijos, para poderlos contemplar y hacer oración en todas las direcciones á que mirase ².

¹ «Cerca de estos exemplos del Hijo Pródigo y de la Magdalena ya repetidos, con que tanto se alegrava su Majestad, me parece dezir que dello se coligen dos cosas. La primera, la profunda humildad del Rey nuestro Señor, pues despues de tanto padecer, y tan larga penitencia, le parecia que era tan gran pecador, como cada uno dellos lo avia sido. La segunda, que con estos exemplos sustentava y dava refresco á su esperanza...» Cervera de la Torre, *Testimonio Auténtico*, pág. 49.

² «Porque como tiene declarado el Doctor Andres Camudio de Alfaro, medico de Camara de Su Mag. fue siempre devotissimo de la Santa Cruz, y se enternecia con grandes demostraciones y ternuras, que parecia otro S. Andres, ó Sancta Elena, especialmente quando via un pedazo de Lignum Crucis que tenia entre otras reliquias en S. Lorenzo el Real. Y en el aposento en que estava, demas de muchas imagenes devotas, tenia á todos lados crucifixos para hazer oracion en ellos por qualquier parte que se bolviese.» *Testimonio Auténtico*, por Cervera, página 30.